

niegan. Ya dijimos que Colluccio Salutato compuso un formulario para la correspondencia italiana; pues bien, Antonio Loschi hizo una obra análoga para la correspondencia de la curia romana en latín clásico, consiguiendo realmente vencer la rutina y hacer expulsar el latín bárbaro usado hasta entonces por aquella administración que, por regla general, no admite lecciones de nadie.

Otro latinista excelente fué Gasparino, llamado Barzizza porque era natural del pueblo de este nombre cerca de Bergamo. Nació en 1370; pasó muchos años en Padua y en Venecia, dedicado á la enseñanza; en 1418 se estableció también como catedrático en Milan, y murió en 1431. Gozó de bastante fama en su tiempo y también su hijo Guiniforte, que nació en 1406 y murió en 1459, y que al decir de su padre fué, cuando niño todavía, la admiración de todo el mundo, que le llamaba el niño divino porque sabía sostener controversias y sabía contestar á toda clase de preguntas. Poco mérito intrínseco para la posteridad tienen las obras originales del padre y del hijo. Sus tratados de ortografía y etimología latinas repiten lo que en aquella época se encontraba en todos los libros de enseñanza del latín. Escribieron también comentarios de algunas obras de Cicerón, que se han perdido. Los escritos más interesantes que poseemos de estos dos humanistas son cartas y discursos pronunciados por ellos y copiados por otros, ya fúnebres, ya oficiales, ya diplomáticos, dirigidos á testas coronadas muchos de ellos. Estos últimos especialmente rebosan de lisonjas al estilo de aquella época; pero, en general, los discursos de estos dos autores se distinguen de los trabajos análogos contemporáneos por ciertos rasgos individuales, como la brevedad y la notable precisión con que marcan la posición y dignidad respectivas del que habla y de la persona á quien va dirigida la alocución. Además y por la misma razón Gasparino y su hijo introdujeron en estos discursos alusiones á las glorias patrias, juntamente con algunas alabanzas de la medicina, cosa muy rara en los autores de aquella época. En cuanto á la jurisprudencia, participan ambos de la opinión de todos los humanistas y no ocultaban su odio á esta carrera y á la ciencia del derecho. A juzgar por la frase: «El gran poder de los astros que dirigen tus destinos,» que se encuentra en una alocución dirigida á Felipe María Visconti, es permitido suponer que Gasparino y Guiniforte creían en la astrología. En general no ofrecen sus cartas otro interés más que el de las buenas formas, porque el contenido suele ser pobre, á pesar de que muchas solo tienen la forma de cartas y son en el fondo verdaderos discursos ó disertaciones.

Guiniforte había sido maestro de Galeazzo María, hijo del duque Francisco Esforzia, pero no obstante lo bien que había cumplido este cargo honoroso, recibió un solemne chasco cuando á la muerte de su padre solicitó la cátedra de latín que este había dejado vacante, y que fué dada á Antonio, natural de Rho.

Este Antonio de Rho ó Raudense era persona erudita y de gran penetración, pero al parecer tenía la debilidad de avergonzarse de su origen pobre y bajo, por lo que un tal Alberto, natural de Sarteano, le reprendió por esto. Por encargo del duque Felipe Visconti tradujo muchas obras latinas al italiano, y entre las que escribió por impulso propio merecen citarse una larga filípica contra Beccadelli, por su «Hermafrodita,» y dos obras más voluminosas, una titulada «Imitación del habla elegante,» (*De imitatione elegantiae*), y «Tres diálogos sobre los defectos de las obras de Lactancio.» La primera solo nos es conocida por las invectivas verbosas pero sin sustancia de Valla, de las cuales se desprende que era una cosa análoga á las «Elegancias» (de estilo) de este último, cuya obra estaba ya demasiado acreditada

para que otra le pudiese hacer la competencia. Los tres diálogos son del año 1443 y solo se han conservado en manuscrito. En esta obra, que disgustó igualmente á humanistas y teólogos por sus pretensiones petulantés, retóricas, filosóficas y teológicas, Antonio de Rho encuentra en Lactancio nada menos que 53 errores, entre morales, históricos y religiosos, por lo cual reprendió Filelfo su atrevimiento en una carta y el fraile genovés Adamo en un largo escrito. Entre los errores de que el doctor Raudense censura á Lactancio figura su no conformidad con Platon. De paso expone el autor sus propias ideas, muchas de ellas por demás arcaicas, dignas del cerebro más ignorante de la Edad media; y mientras por un lado condena como superstición la fe en la astrología y la costumbre de encender cirios en los templos creyendo hacer una obra agradable á Dios, por otro lado sostiene que Dios se ha creado á sí mismo; que los ángeles no fueron creados en un principio para velar sobre los mortales y que el demonio les había seducido y extraviado haciéndolos viciosos, para que llegaran á procrear hijos con mujeres mortales. Se ve que Antonio de Rho es hijo de su época y va arrastrado por la corriente del Renacimiento, que pugnaba contra todas las rutinas autoritarias admitidas y trataba de abrir nuevos horizontes y nuevas corrientes, bien que las doctrinas del docto Raudense quedaron ahogadas entre las corrientes nuevas ya poderosas.

Otros literatos de menos talento y número independiente prosperaban entonces, como en todas épocas, más que Antonio de Rho, consiguiendo destinos pingües y obteniendo más fama entre sus contemporáneos y hasta póstuma. Uno de estos fué Pedro Cándido Decembrio, que nació en 1399 y murió en 1477. Decembrio fué, en 1447, presidente de la república milanesa, en cuya posición le fué dedicada una medalla, obra del célebre Victorio Pisano, en la cual se le llama «honra de los estudios de humanidades,» (*P. Candidus studiorum humanitatis decus*), medalla que por lo demás ofrece uno de los ejemplos más antiguos de que la palabra *humanitas* se usaba para designar los estudios puestos en boga por los apóstoles del Renacimiento. Era Decembrio descendiente de una familia instruídísima; su padre Huberto sabía el griego; hablaba el latín como su lengua materna; tradujo varias obras del griego, y dedicó á cada uno de sus dos hijos, Modesto y Cándido, un tratado en latín, titulado el uno: «La Modestia» (*De modestia*) y el otro: «El Candor,» (*De candore*). Entre los dos hermanos, Cándido es el que ofrece para nosotros un especial interés, porque hizo un viaje á Alemania y la describió, particularmente la ciudad de Praga, dando noticias curiosas. Tradujo como su padre muchas obras del griego al latín, y además otras obras del latín al italiano; escribió varios tratados, entre otros sobre la administración romana, la cosmografía y la historia, la gramática y retórica, y un sinnúmero de cartas; pero lo que más importancia le da son tres biografías, la de Francisco Esforzia, que no concluyó, la de Petrarca, bastante insignificante, y la de Felipe María Visconti, duque de Milan é hijo del célebre duque Juan Galeazzo. Esta última biografía está concluida y es importante, no por la abundancia de datos ni por la independencia del juicio del autor, porque omite muchos datos principales y describe solo y con visible fruición los defectos del duque, callando sus méritos completamente, sino por la manera de describir, presentando al lector un retrato, artísticamente ejecutado hasta en sus más insignificantes detalles, de uno de los soberanos más indefinibles. Esta biografía es, como dice Burckhardt (1) «una

(1) Jacobo Burckhardt, el autor de la *Historia del Renacimiento en Italia* (Stuttgart, 1867) y no el maestro de ceremonias del Vaticano en tiempo de los Borgias. Este se escribe Burkhard. (N. del T.)

imitación amplificada de Suetonio, que pinta perfectamente el carácter contradictorio de Felipe María y da un cuadro admirablemente exacto de un gobierno despótico especial, basado sobre el carácter de aquel príncipe. Sin esta biografía tan característica y nimia hasta en los últimos detalles, sería incompleta toda descripción del siglo xv.»

Decembrio sobrevivió demasiado para su propia celebridad, á la cual jamás aspiró, porque al revés de casi todos los humanistas contemporáneos suyos, era modesto, y por lo mismo se abstuvo de criticar y atacar á otros cuyas opiniones no eran las suyas, de suerte que vivía en paz con todo el mundo menos con un humanista de cuya amistad constante acaso nadie pudo alabarse jamás. Este individuo era Francisco Filelfo, el tipo del humanista repugnante, del poeta mendigo y del controversista rabioso. Era instruído y hasta docto, pero su saber no era suficiente para hacer la guerra á todos los competidores. Sus conocimientos eran muchos y variados, y con la facilidad que manejaba la lengua latina y hacia versos deslumbraba y hacia creer á la generalidad que todo lo entendía y que era el talento más grande de su tiempo. Él mismo se compara en una poesía con Virgilio y Cicerón, resultando superior á ambos porque el primero solo escribió versos y el segundo solo prosa, mientras él, Francisco Filelfo, sabía escribir en verso y en prosa, con la ventaja de que aquellos solo escribían en latín, mientras él manejaba igualmente el latín y el italiano. Como coronamiento de petulancia tan enorme, pregunta quién es el varón que puede competir con él (*talem quem mihi des alium*).

Este Filelfo había visto la luz del mundo en Tolentino en el año 1398; había hecho sus estudios en Pavia y obtenido una cátedra en Venecia, cuyo gobierno le envió en 1420 en calidad de secretario de embajada á Constantinopla, donde continuó hasta 1427, estudiando en este tiempo la lengua griega, que llegó á poseer á fondo. Posteriormente pasó á Florencia y de allí tuvo que salir, al cabo de cierto número de años, en 1434, por haberse enemistado con todo el mundo, ridiculizando indignamente á los hombres más ilustres como Carlos Aretino, Ambrosio Traversari, Nicolás Niccoli, Giannozzo (Juan), Manetti, Pioggio y otros. Al primero atacó bajo el nombre de Codro en sus sátiras; á Niccoli llamó *Nichilus, cognómine Lallus*, (Señor Nada alias Tarareo), y á Pioggio dijo en una sátira: «Arrancarte deberían esa lengua con que calumnias sin cesar á los hombres de bien.» Los atacados no se mordieron la lengua, y Pioggio dijo en su discurso fúnebre en honor de Niccoli: «A Filelfo no menciono por vergüenza, por ser el hombre más protervo é indigno, que con sus vicios é iniquidades ha pervertido á nuestros jóvenes y manchado nuestra ciudad; habría valido más haber estado privado de su enseñanza que recibirla juntamente con sus perversidades.» No respetó ni al mismo Cosme de Médicis, tomándole también por blanco de sus ataques.

En 1439 pasó á Milan, donde contrajo segundas nupcias y después terceras; tuvo de sus tres mujeres 27 hijos, y además gran número de hijos ilegítimos. Allí, arrastrándose á los pies de los duques y de los poderosos, ora fuesen Felipe María Visconti, ora los jefes de la república, ó finalmente Francisco Esforzia, vivió como un gran señor, mendigando siempre, con algunos intervalos de dignidad varonil y de poeta, como cuando dijo que el poeta podía hundir á los hombres más encumbrados en las profundidades del Aqueronte. Sin embargo, no usaba estas frases sino después de haber perdido toda esperanza de arrancar algo de otro modo.

Dos veces estuvo en Roma, en los pontificados de Nicolás V y Sixto IV, solicitando la dispensa necesaria para ordenarse de cura, quizás con el intento de llegar á ser cardenal y finalmente papa, como Eneas Silvio, que también había sido

poeta mundano antes de llegar á tan elevados puestos. En el intervalo regresó á Milan para trabajar en su Esforziada y obtener algún socorro del duque. El último período de su vida lo pasó en Florencia, donde murió en 31 de julio de 1481.

El catálogo de todos los escritos de Filelfo llena muchas páginas, pero á pesar de las alabanzas que él mismo prodigó á muchas de sus obras, no ofrecen ninguna novedad ni la menor huella de originalidad. Se encuentran entre ellas cartas, discursos, poemas, tratados de educación, formularios para el estilo epistolar, fábulas para la juventud, y trabajos históricos, como las biografías del papa Nicolás V y de Federico de Urbino, que publicó procurando imprimirlas, si podía, en vida de los interesados, para cobrar la recompensa. Escribió además una gramática griega, muchas traducciones de obras griegas al latín y finalmente estudios filosóficos. En todas sus obras literarias se servía del latín, que para él, como para muchos, era la única lengua que debían usar los hombres doctos. Del italiano, que escribió mal, solo se servía según dijo, «para cosas no destinadas á la posteridad.» Por esta razón no fué de su gusto la cátedra que hubo de aceptar de comentarios sobre Petrarca, cuyas explicaciones debió hacer en italiano, y aunque poco importantes lingüística y sustancialmente, tuvieron muchas ediciones. En ellas trata de quitar al poeta su fama de casto, atribuyéndole pensamientos eróticos.

A todos los príncipes y personas distinguidas, con tal que fuesen ricos para recompensar las alabanzas, incensaba, sin perjuicio de exclamar en sus poesías: «solo la virtud ennoblecce y constituye el mejor adorno de cada uno según su mérito.» Era muy dado á los goces materiales y se excusaba diciendo que su filosofía era más racional que la de la gente escolástica; mas para probar que la vida de soltero es preferible al matrimonio, usa un argumento digno del escolástico más empedernido, diciendo que perfecto es solo el número impar, y que el número par era el de la crápula. Tocante á religión, no era devoto Filelfo; su fe era una mezcla de las doctrinas cristianas y de los principios de los filósofos gentiles antiguos, y más aparente que profunda y verdadera; lo cual no le impedía ser intolerante y ensalzar á los frailes predicadores. Todas estas contradicciones no revelan en Filelfo al sabio que reconoce y alaba todo lo que es bueno y meritorio, sino al egoísta calculador é inconstante que procede según su interés. Si algún mérito tiene, es su celo por el estudio de los autores antiguos, aunque este celo es á veces muy sospechoso, y su extraordinaria é incansable actividad, de que solo es capaz una naturaleza hercúlea como era la suya. En general, sin embargo, es un carácter repugnante y un brillo falso el que le rodea, que oscurece el más leve exámen del historiador.

Entre los príncipes á quienes aduló Filelfo estaba también Luis Gonzaga. Este, su predecesor Juan Francisco y su sucesor Juan Francisco II, son los tres soberanos de Mantua durante cuyo gobierno más floreció el Renacimiento. En el reinado del sucesor de este último, Federico Gonzaga, empezó ya á declinar el entusiasmo exuberante de los propagandistas del Renacimiento.

Los habitantes de Mantua se habían entusiasmado ya al principio del Renacimiento por este movimiento nuevo, porque Virgilio había nacido en la misma ciudad y considerando como deber suyo honrar la memoria del insigne poeta latino, sus compatriotas habían acuñado en su honor una medalla, en 1257, erigiéndole después una estatua, que el conde soberano Carlos Malatesta hizo arrojar en 1397 al río Mincio, ya por no comprender el mérito del poeta, ya por

envidia estúpida y no querer sufrir que se tributara honor á nadie mas que á él, ya por el temor de que la estatua diera lugar á un culto supersticioso perjudicial á la religion y al gobierno. Esta profanacion irritó á los literatos, pero Malatesta no hizo el menor caso de su clamoreo y la estatua quedó en el fondo del rio. Un siglo despues ya habian cambiado las cosas; no habia lugar á temer una nueva idolatría y la civilizacion habia progresado bastante para que la condesa Isabel tratara de volver la estatua á su puesto; pero todas las tentativas para encontrarla y sacarla del rio fueron inútiles.

Juan Francisco I (1407-1448), casado con una Malatesta, fué protector de las letras y ciencias, y deseando dar á sus hijos la mejor educacion posible, llamó á su corte al mejor maestro entonces disponible, Victorino Rambaldoni, llamado de Feltre por ser natural de esta poblacion, bien que le gustara mas llamarse Mantuano, porque en Mantua fué donde adquirió su fama, y Mantua la adquirió por él como uno de los centros mas famosos de instruccion.

Habia nacido por el año 1378 y hecho sus estudios en Padua, debiendo su saber mas á su aplicacion que á la enseñanza de sus maestros. Despues enseñó varios años en Venecia, y allí recibió en 1425 la invitacion del marqués de Mantua, que admitió con repugnancia, porque le gustaba mas vivir bajo el régimen republicano que bajo el de un soberano absoluto; pero segun hemos dicho, pronto se encontró tan bien que consideró á Mantua como su verdadera patria y continuó residiendo en ella hasta su muerte, que le sorprendió en 2 de febrero de 1446.

Victorino de Feltre (Rambaldoni) fué uno de aquellos genios que se dedican por entero con toda su energia al objeto para el cual la naturaleza les ha dotado de cualidades especiales (1). Escribió muy poco; quemó las poesías que habia hecho en su juventud, y solo una carta suya, dirigida á su íntimo amigo Ambrosio Traversari, fué dada á la estampa. Toda su vida estudió, sin solicitar nunca título ni diploma, pues odiaba toda distincion exterior. Trabajó amistad sincera y duradera con profesores, amigos y discípulos. Cultivó las ciencias y las letras sin olvidar los ejercicios corporales; era jinete excelente, manejaba la espada con maestría y bailaba como el mejor; vestíase en invierno lo mismo que en verano; su calzado, aun en los frios mas rigurosos, eran sandalias; su comida era frugal hasta el exceso; nunca bebió vino sin mezclarlo con agua y combatió tan bien sus inclinaciones viciosas, el amor material y la ira, que conservó su castidad inmaculada hasta la muerte y rara vez se le escapó una palabra ofensiva para otros. De esta manera vivió, exento de enfermedades, hasta su fallecimiento.

Educó á los hijos de ambos sexos de su soberano con tanta aplicacion que de una hija del marqués, su señor, hizo una verdadera erudita. Con esto adquirió tanta fama que las familias mas poderosas de toda Italia y hasta algunas de Alemania solicitaron que admitiera en calidad de discípulos á sus hijos. Consultó al soberano, y este accedió gustoso y contento de añadir este timbre de gloria á su capital, haciéndola centro de instruccion para las clases mas elevadas. Así se creó un vasto establecimiento de enseñanza; pero Victorino Rambaldoni quiso hacer partícipe de su enseñanza á la clase humilde, á fin de que no se perdieran talentos que con el tiempo podian ser eminentes, y llevado de sus sentimientos nobles y generosos, admitió á sus clases á jóvenes pobres cuyo número llegó á veces á 70, y no solamente les dió la enseñanza sino tambien alojamiento y manutencion gratis,

(1) He tomado este párrafo sobre Victoriano, en su parte principal, de la tercera edicion de la obra de Jacobo Burckhardt, arreglada por mí con algunas adiciones que tengo preparadas para una cuarta edicion.

con lo cual acostumbró á sus alumnos ricos á vivir en compañía de pobres y plebeyos bajo el mismo techo y comiendo á la misma mesa. Muy pronto tuvo que limitarse el sabio á la direccion general del establecimiento, confiando las muchas y diferentes clases á otros tantos profesores distintos, porque á excepcion del derecho y de la medicina, se enseñaban allí todas las ciencias; de modo que el soberano y él pensaron seriamente en transformar la escuela en universidad. En ella se explicaban los autores latinos y griegos, los poetas, oradores é historiadores que los alumnos habian de leer, traducir y aprender de memoria; las matemáticas, ciencia favorita de Victorino, la filosofía y demás ciencias principales accesorias se estudiaban con toda amplitud y rigor; y por primera vez se añadió á la enseñanza intelectual, la gimnasia y demás ejercicios corporales, considerados entonces como nobles.

El marqués Juan Francisco I habia contratado á Victorino de Feltre por la cantidad de 240 florines de oro anuales; pero agradecido, hizo construir una preciosa casa llamada *la Gioiosa*, suficiente para él y sus discípulos, añadiendo frecuentes donativos para ayudar al maestro á sufragar los gastos que causaban los alumnos pobres. Cuando esto no bastaba, se dirigía Victorino á otros principes y personas opulentas, llevándose á menudo chasco y llenándose de deudas; pero al fin de su vida se halló bastante bien acomodado. Poseía una casa en la ciudad y una hacienda en el campo, donde pasaba con sus alumnos las vacaciones. Tenia tambien una biblioteca famosa, cuyos manuscritos prestaba con gusto y aun regalaba algunos, pero cuando alguien se lo llevaba furtivamente, se irritaba. Por la mañana leía libros devotos, despues ejecutaba actos de penitencia, azotándose, y luego oía misa. Sus discípulos debian ir tambien puntualmente á la iglesia y como él confesar y comulgar cada mes. Todos observaban con rigor los ayunos mandados por la Iglesia. Sus discípulos veneraban á Victorino, pero tambien le temian, porque castigaba duramente y sin dilacion la menor falta, bien que no aplicaba los azotes, entonces generalmente usados, y el castigo mas duro consistia en hacer estar á los alumnos arrodillados ó echados en el suelo, á la vista de todos. De cuando en cuando emprendia tambien excursiones á pié, y á veces muy largas, con todos sus discípulos.

Tan grandes llegaron á ser su fama y la veneracion que le tenian no solamente sus discípulos sino todos sus contemporáneos, que muchos fueron á Mantua solo por verle y su muerte fué lamentada como una desgracia nacional.

Murió tambien su protector el marqués, al cual sucedió en el trono su hijo Luis III, cuyo reinado fué insignificante para el Renacimiento, á pesar de haber sido educado por Victorino de Feltre, pero en cambio hicieron un papel muy importante su sucesor Juan Francisco II y su esposa Isabel de Este, que nacieron el primero en 1466 y la segunda en 1474, se casaron en 1490 y murieron él en 1519 y ella en 1539. Juan Francisco II fué hombre tan inteligente como activo en la guerra y en el cultivo de las buenas letras, pero le gustaban los caballos y las peripecias de las campañas mas que las ocupaciones monótonas de la paz. Era, al estilo de su época, á la vez soberano y jefe de banda, que servia con su tropa á quien mejor le pagaba, sin escrúpulos de conciencia en sus tratos y empresas filibusteras. Era amigo del sultan pero enemigo de los extranjeros que intentaban enseñorearse de Italia y por esto gozó la fama de buen patriota, sobre todo despues de su campaña, al servicio de la república de Venecia, contra el rey de Francia Carlos VIII y de haber vencido, segun opinion de los suyos, en la batalla dada junto al rio Tano, en 1491. Por otro lado, era instruido y aficionado á la literatura italiana, y aun autor, segun una expresion de Ariosto en su *Orlando el furioso* (37, 6). Por supuesto, no le faltaron

aduladores, gente mediana como Antonio Averoldo y Antonio de Comitibus, que pobres como eran esforzaban su pobre ingenio, esperando la paga en metálico y pidiéndola cuando el marqués se hacia el desentendido. Otro cortesano escribió en el busto del marqués, colocado entre el de Virgilio y el del poeta Bautista Mantovano, del cual hablaremos luego, estas palabras exageradas: *Argentum utriusque ingens si saecula coissent.*

Mejor alabanza constituyen los hechos de guerra de Francisco II, y para su esposa, Isabel de Este, sus cartas. Esta mujer ilustre consideró el cumplimiento de sus deberes de esposa y madre como el objeto principal de su vida. Para ella el matrimonio era la union de dos personas consagrada por el amor, y no una especulacion de conveniencia. Por esto encontró «fria» la boda fastuosísima de su hermano con Lucrecia Borgia, y la separacion mas corta del lado de su esposo y de sus hijos, le parecia un siglo. Léjos de estos seres queridos, no habia diversion ni distraccion para ella. Además de buena madre y esposa, era esta princesa buena italiana, en el concepto político como en el intelectual, literario y artístico. Cuando cualquiera ciudad ó soberano pequeño ó grande hacia alianzas con potencias extranjeras sin consideracion alguna á la independencia y grandeza de la patria comun, buscando solo la conveniencia particular, Isabel de Este aplaudia el acto de firmeza de los habitantes de Faenza, que restablecieron el honor de Italia en la jornada de Fornuovo, cuyo aniversario no dejó de celebrar con el debido recogimiento en honor de los que habian sucumbido. La lengua y literatura latinas la interesaron poco y francamente confesó que se aburría cuando asistía á la representacion de las comedias de Plauto; pero en cambio era aficionada á la literatura italiana, que cultivó y protegió con decision y entusiasmo. Aldo Manucio la dedicó obras para cuya inteligencia se necesitan conocimientos nada comunes y tenia órden de la princesa de remitirle un ejemplar, impreso en buen papel y lujosamente encuadernado, de cuantas obras publicara. Ariosto envió á la misma princesa, antes que á nadie, el plan de su poema inmortal, y otros como Bembo, Bandello y Bernardo Tasso solian enviarle tambien sus obras. Mas que la literatura, interesó el arte á Isabel, siempre pronta á auxiliar todo proyecto y trabajo de esta clase. Admiradora entusiasta de las obras notables, coleccionó cuantas pudo y encargó trabajos nuevos á los artistas, mostrando en todo un gusto acertado y exquisito, y aun hoy halagan y sorprenden sus cartas, en que emitió sus juicios y críticas, sus exclamaciones de alegría cuando habia adquirido un nuevo tesoro y sus instancias á los artistas morosos que trabajaban para ella. En cambio, rivalizaban los artistas con los poetas en mostrarse agradecidos; Leonardo de Vinci hizo su retrato, que ya no existe; Ticiano la retrató dos veces, de cuyos lienzos solo se han conservado copias; Benvenuto Cellini grabó una medalla que lleva el busto de Isabel, y de las obras apoloéticas de los poetas se han conservado tambien algunas.

El mas notable de los poetas mantuanos fué en aquella época el ya mencionado Bautista Mantovano, que habia nacido en 17 de abril de 1448 y murió el 20 de marzo de 1516. Entró muy joven en la órden de los carmelitas, de la cual fué elegido general en 1513, tres años antes de su muerte. Habia adquirido su instruccion viajando, segun él mismo dice, «impulsado por su amor á la virtud,» habiéndose apropiado así los conocimientos «de varios maestros en sabiduría.» A la edad de treinta años, en 1478, retiróse á Mantua, donde educó á Segismundo, hijo de los marqueses soberanos, á los cuales dedicó tambien muchas obras suyas.

La tendencia de este poeta no es la de tantos humanistas de su tiempo ó sea la de conciliar la sociedad cristiana con

la antigua, sino la subordinacion de esta á aquella, porque así lo dice él mismo en el *Eptome vite suae* (Dist., 10 y 11): «He sometido á Cristo el arte poética errante sin norma; he dado alma y fuerza á los dioses, cuidando de elevar nuestros usos y de rebajar á los dioses antiguos.» Con esta idea atacó en muchísimos versos á los que llamaba «poetas de lengua desenfadada,» y excitó en otras poesías á aumentar el celo por la religion cristiana y el territorio cristiano con una cruzada contra los turcos. En dos obras tituladas: *Parthenice* y *De sacris diebus*, concentró especialmente su celo y entusiasmo por la religion.

En la *Parthenice* trata de enaltecer, además de algunos santos, principalmente á varias santas mujeres que venera la Iglesia, en primer lugar la Virgen, que parece al autor el mejor auxilio en las enfermedades graves, y luego las santas Catalina, Agueda, Lucía, Polonia y Cecilia; pero si la intencion es devota y cristiana, la ejecucion por los resabios es propia del humanista nutrido con el lenguaje de los poetas antiguos, pues que usa el nombre de Olimpo como sinónimo de cielo y al mismo Padre Eterno le llama Júpiter Tonante, sin contar los muchos discursos que intercala y que mas tratan de la historia antigua de Roma que de usanzas cristianas.

La segunda obra es un calendario de las fiestas que celebra la Iglesia, en el cual las enumera y explica su origen en el sentido de la victoria de la religion cristiana sobre el culto gentilicio. Así hace, por ejemplo, en la explicacion de la fiesta de la Anunciacion, diciendo que cuando el arcángel Gabriel fué á Nazaret á llevar su mensaje á la Virgen, le siguió enviado por los dioses antiguos, Mercurio, el cual escuchó á la puerta y supo que la Virgen debía ser ascendida á la categoría de diosa, noticia que llevó en seguida al Olimpo, donde tan peligrosa innovacion causó grande alarma é hizo adoptar medidas extremas pero inútiles. En muchas partes excita al lector á observar los mandamientos y los preceptos de la Iglesia y á abstenerse de usos gentilicios; en un pasaje se queja de los pícaros que no creen que la sangre santa venerada en Mantua sea verdadera y legítima; y al hablar del 18 de febrero, vitupera la costumbre de exponer viandas para las almas de los difuntos, diciendo: «Dad de comer á los vivos y á los muertos encomendados á Dios.» No era, sin embargo, de los que temian que los monumentos del arte antiguo podian excitar al culto de los dioses paganos, porque dice: «Las estatuas no ofrecen ningun peligro, ni las pinturas tampoco; unas y otras no pasan de ser objetos inofensivos.» Se ve, pues, que no comprendió bien el espíritu de su época, que por lo menos en parte era producto de la admiracion y veneracion con que eran mirados los restos de la antigüedad. Mantovano dedicó y entregó personalmente esta obra al papa Sixto IV, pero ni esta muestra de respeto, ni su alma devota, ni su posicion eclesiástica elevada significaban que Mantovano fuese partidario ciego de los papas, á quienes por el contrario vitupera en términos fuertes, diciendo que «en la Roma papal todo se alcanzaba con el dinero, el templo y los sacerdotes, el altar y el incienso, y hasta el cielo y el mismo Dios.» En la dedicatoria del calendario elogia á Sixto IV «por su virtud heroica,» pero al mismo tiempo le recuerda dos grandes misiones, la moralizacion de Roma y la guerra contra los turcos.

No siempre trata en sus escritos del cristianismo ni de la antigüedad, sino que tambien dedica su talento á explicar sucesos que presencié y describir personas que conoce. En su poesia sobre las calamidades de los tiempos (*De calamitatibus temporum*) habla de los siete pecados capitales, que son la desgracia de la humanidad, pero tambien habla de los sucesos del dia, de la guerra contra los turcos y de los vicios de los humanistas, sus colegas, pero no sus correligionarios.